

CAPÍTULO II

1620-1628

Misión de Fuensalida y Orbita al Petén.—Es acogida favorablemente por Canek.—Incidente que la hace peligrar.—Se retira sin haber conseguido su objeto.—Vuelve á la isla con poderes del gobernador y consigue que reconozca el dominio español.—Resultado final de la expedición.—Gobierno de Arias Conde y de D. Diego de Cárdenas.—Francisco Mirones intenta la conquista de Itzá.—Campamento en Sacluum.—Un misionero y su escolta son asesinados en la isla.—Corren igual suerte todos los expedicionarios en el momento de acometer su empresa.

La sumisión espontánea de los itzaes, hecha ante D. Antonio de Figueroa por los embajadores de Canek, animó á los franciscanos á enviar misioneros que redujesen aquel territorio al gremio de la Iglesia católica. El provincial de la Orden se fijó para este objeto en los padres Juan de Orbita y Bartolomé de Fuensalida, y obtenido el beneplácito del obispo, se pensó en implorar la ayuda del gobernador Briseño, con el fin de que la misión encontrase amparo en todos los lugares de su tránsito. Parece que éste no accedió á cuanto se le pedía, y los religiosos hubieron de emprender su marcha sin elementos oficiales de ninguna clase, aunque cargados de cruces, medallas y cuentas de vidrio con que los obsequiaron los colonos. Dirigiéronse en primer lugar á Salamanca, atravesando con valor grandes despoblados y tierras de idólatras, y tuvieron la fortuna de llegar sanos y salvos á aquella villa, cuyo alcalde les ofre-

—(205)—

ció toda su protección. Aceptáronla con reconocimiento los frailes, y en unión de este funcionario se trasladaron á Tepú, pueblo que hoy ha desaparecido del mapa, y que entonces constituía el límite de las posesiones españolas en aquella región.

Fuensalida, que era el jefe de la misión, creyó conveniente detenerse allí para sondear la voluntad de Canek, antes de penetrar en su territorio. Había entre los habitantes de Tepú un indio llamado Francisco Cumux, de quien se asegura que descendía de los antiguos reyes de Cozumel. De éste se valió el religioso para ejecutar su designio, y le envió á Canek con una carta en que le pedía licencia para visitar su isla y predicar en ella el Cristianismo, garantizándole que no llevaría consigo ningún hombre de armas, como podría persuadirse enviando vasallos suyos que examinasen su comitiva. Quince días después volvió el mensajero acompañado de algunos señores itzaes, los cuales manifestaron á los religiosos que podían pasar cuando quisiesen al Petén, pues así lo había declarado su soberano, de acuerdo con el pueblo. Llenos de esperanzas, Fuensalida y Orbita se pusieron en camino el día 15 de agosto de 1618; y aunque experimentaron grandes dificultades y dilaciones en su marcha por la torpeza ó mala fe de sus guías, al fin llegaron á las riberas de la laguna, en cuyo centro se alzaba la isla que hacía dos siglos servía de último refugio á los itzaes. Embarcáronse una tarde en dos canoas que el mismo Canek les mandó, y á las diez de la noche pusieron el pie en la isla al resplandor de las teas con que el rey y su numerosa comitiva salieron á recibirlos.

Al día siguiente, los franciscanos resolvieron comenzar desde luego sus trabajos, haciendo previamente á Canek una visita, que parecía exigir la cortesía. La casa del cacique, lo mismo que la de sus huéspedes, se hallaba situada en una plaza de grande extensión, la cual contenía en aque-

llos momentos una multitud de curiosos, que se habían reunido allí con el objeto de ver á los extranjeros. Holgáronse éstos de la reunión, y así, después de haber pedido al cacique licencia para visitar la isla, salieron á la plaza, y Fuensalida, que conocía perfectamente la lengua maya, comenzó su catequismo por medio de un discurso que creyó adecuado á las circunstancias. El mismo Canek salió á escucharle, y así éste como todos sus vasallos le dejaron hablar cuanto quiso. El misionero, después de exponer brevemente los principios del Cristianismo, recordó al auditorio que varios profetas de su nación le habían vaticinado que abrazaría la religión de la Cruz, y levantando un crucifijo que llevaba en la mano, le exhortó á que reconociese en él la insignia que le había sido anunciada. Los *itzaes* rompieron entonces el silencio que hasta allí habían guardado, y aunque no negaron precisamente la autoridad de sus profetas, según se asegura, respondieron que aun no había llegado el tiempo de que abrazasen la religión extranjera. Los franciscanos no se desanimaron con el éxito de esta primera tentativa, y como ya tenían el permiso necesario para visitar la población, emprendieron su marcha hacia el interior, seguidos de un gran número de curiosos.

La corte de Canek contendría por aquella época unas doscientas casas, en cada una de las cuales vivía una numerosa familia, y diez ó doce templos, cuyas grandes dimensiones hicieron recordar á los religiosos los de Yucatán. Descollaba entre éstos el de *Tzimin Chac*, al cual se le representaba bajo la figura de un caballo, sentado sobre las ancas, encorvados los pies y levantado sobre las manos. El origen de este dios era muy singular y una prueba de la simplicidad primitiva de que estaban dotados los *itzaes*. Cuando Hernán Cortés pasó un siglo antes por aquel territorio, durante su expedición á Honduras, dejó en el Petén un caballo que por enfermo no pudo continuar la marcha. Suplicó á sus habitantes que se lo cuidasen, y les dijo que lo

recogería á su vuelta. Pero el conquistador de México no volvió por allí, y los sencillos *itzaes* se propusieron tratar á aquel huésped de naturaleza desconocida con todo el esmero que les dictaba su deseo de complacer á los españoles. Colocaron al caballo en una de las mejores casas de la isla, le daban á beber *pitarrilla* y le servían en la comida conejos, gallinas y otras aves que cazaban en los bosques. Este tratamiento tuvo un éxito muy natural: el caballo se murió de hambre. Asustados los isleños ante este cadáver, convocaron una numerosa asamblea para discutir el partido que debía adoptarse, en el caso de que el depósito fuese reclamado. Entonces los sabios de la nación acordaron que se hiciese un caballo de mampostería, y que se le colocase en uno de los templos de la isla, á fin de que viera Hernán Cortés, cuando volviese, que si su servidor había perdido la vida en el Petén, en cambio le habían colocado en el número de sus dioses. El nombre de *Tzimin Chac*, con que desde entonces fué conocido, y que significa *caballo del trueno*, provino sin duda de que los indios creían que el mismo caballo despedía rayos cuando el jinete que lo montaba disparaba sus armas de fuego.

Se cuenta que el celo apostólico del padre Orbita se enardeció cuando vió este ídolo, y que montando sobre él, le hizo pedazos con una piedra que arrancó del templo. Añádese que, después de ejecutado este acto de audacia, el rostro del misionero se puso tan hermoso, como si hubiese estado animado de un espíritu sobrenatural (1). A pesar de esta transformación, el agravio hecho al culto nacional indignó á los naturales, y los gritos de *¡muera el extranje-*

(1) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro IX, capítulo IX.—VILLAGUTIERRE Y SOTOMAYOR, *Historia de la conquista y reducción de los itzaes y lacandones*, libro II, capítulo IV.—Téngase presente que estos dos historiadores, ambos eclesiásticos, tomaron todas sus noticias, relativas á este episodio de nuestra historia, de una relación que por orden de sus superiores escribió el mismo Fuensalida, de todos los sucesos acaecidos en la misión de que formó parte.

ro! circularon entre el concurso. Pero entonces Fuensalida volvió á enarbolar su crucifijo y prorrumpió en un discurso sagrado en que amenazó con el fuego del infierno á los adoradores del *Tzimín Chac* y brindó con las alegrías celestiales á los que creyesen en la Cruz. Preténdese que esta energía calmó el tumulto y que los franciscanos volvieron sanos y salvos á su domicilio.

Fuensalida y Orbita permanecieron algunos días más en el Petén, aprovechando todas las ocasiones que se les presentaban para predicar el Evangelio, é instando á Canek y sus súbditos á que recibiesen el bautismo. Pero todos respondieron, lo mismo que antes, que aun no había llegado el tiempo en que los profetas habían anunciado que debían variar de religión. Sin embargo, los misioneros creyeron encontrar en el cacique mucha inclinación al Cristianismo, y se persuadieron de que el temor de desagradar á sus vasallos era el único obstáculo que le impedía abrazarlo desde luego. No es difícil, en efecto, que en el ánimo de aquel personaje fluctuase este último sentimiento con el deseo de agradar á sus poderosos vecinos, los españoles de la Colonia. Los frailes habrían querido hablar algo de política en la isla, circunstancia que les habría dado la importancia de unos embajadores; pero como el gobernador de Yucatán no les había dado ninguna clase de instrucciones, su misión tenía que ser puramente religiosa. Y como ésta había fracasado ya completamente ante el amor que los itzaes profesaban á la religión de sus mayores, los franciscanos resolvieron abandonar por entonces la empresa, con el ánimo de volverla á acometer en ocasión más propicia.

Despidiéronse, pues, de los idólatras, regalándoles algunas cruces, y se embarcaron en una canoa, que fué apedreada en los momentos de desprenderse de la orilla. Algunos fanáticos llevaron más adelante sus hostilidades, porque metiéndose media hora después en dos pequeñas embarcaciones, remaron con vigor y no tardaron en dar

alcanse á la que conducía á los franciscanos. Entonces armaron las flechas en sus arcos, y ya se disponían á dispararlas, cuando un indio de Tepú, llamado Gaspar Cetzal, que había acompañado á los padres en su peregrinación, detuvo á los agresores diciéndoles que no debía intentarse ya nada contra los que se retiraban voluntariamente. Los itzaes volvieron á meter las flechas en su macana, con la promesa que les hizo Gaspar de no volver á llevar á los extranjeros á su isla.

Vueltos los frailes á Tepú, Fuensalida determinó bajar á Mérida con el deseo de implorar de nuevo el auxilio del gobernador, sin el cual no creía poder adelantar nada en sus trabajos. Encontró á Briseño visitando la Sierra, y aunque éste le dijo, como antes, que no tenía orden del rey para ayudar con elementos de ninguna clase la empresa, le dió, no obstante, cartas para el alcalde de Salamanca, algunas órdenes para los caciques de la comarca y una autorización para estipular con Canek las condiciones con que podría someterse al dominio español. Satisfecho el misionero con este despacho, al cual daba la importancia que debe suponerse, volvió á reunirse con su compañero, y después de varias dilaciones, con cuya relación creemos inútil entretener al lector, ambos surcaron por segunda vez la laguna de Itzá, seguidos de algunos indios de Tepú. Corría ya el mes de octubre de 1619, cuando atracaron al desembarcadero de la isla, en el cual ya le esperaba el cacique y sus principales capitanes, dando señales en el rostro de lo mucho que les complacía la nueva visita.

Este recibimiento hizo concebir grandes esperanzas á los franciscanos, y reanudaron sus interrumpidos trabajos, instando especialmente á los próceres de la nación á que abrazasen el Cristianismo. Todos escuchaban sus pláticas y sermones en silencio; pero Canek fué el único que dió muestras de ablandarse con una capitulación que Fuensalida celebró con él, en nombre del gobernador de Yucatán.

Se comprometió á reconocer el dominio español, con la condición de que el cacicazgo sería conservado en él y sus descendientes; que sus vasallos serían eximidos por diez años de pagar todo tributo á la Corona, y que sólo pasado este plazo podría imponérseles uno muy moderado. A pesar de esta estipulación, se negó, lo mismo que todos sus compatriotas, á recibir el bautismo. Mandó, sin embargo, erigir una gran cruz á las inmediaciones de su palacio; dió á los religiosos algunos criados para que los sirviesen, y ya se pensaba sujetar á la aprobación del gobernador el tratado de que acabamos de hablar, cuando aconteció un suceso que dió al traste con la misión.

Por causas que la fisiología podrá tal vez explicar, el fanatismo religioso echa generalmente en el corazón de la mujer raíces más profundas que en el del hombre. Los sacerdotes de Itzá, que no debían desconocer esta verdad, resolvieron valerse de la esposa de Canek para perder á sus rivales, los franciscanos. Dijeron á ésta que los dioses patrios estaban irritados por la protección que su marido dispensaba á los sacerdotes extranjeros, y la persuadieron á que ejerciese el ascendiente que tenía sobre él para que fuesen expulsados de la isla. La princesa india no tuvo embarazo en prestarse á esta intriga, y de conformidad con las instrucciones que había recibido, invitó á su esposo á que concurriese al día siguiente á una huerta que poseía en la tierra firme, donde oiría lo que tenían que decirle la nobleza y el sacerdocio. Acaso Canek intentó oponer alguna resistencia, porque la Eva de esta tentación le amenazó con una separación eterna. Entonces el débil marido se rindió á discreción, y á la hora señalada concurrió á la cita.

Los misioneros no supieron nunca lo que pasó en la huerta, aunque el simple hecho de ver salir de la isla á casi todos sus habitantes, los llenó de inquietud. Redoblóse ésta cuando los itzaes volvieron de su expedición, por-

que ninguno de ellos, incluso el mismo cacique, se acercó á hablarlos y saludarlos, como acostumbraban. Acostáronse á dormir con mucho recelo, y á la mañana siguiente los despertó un ruido inusitado que se hacía en su alojamiento. Levantáronse apresuradamente, y notaron que había sido invadido por algunos indios, los cuales cargaban su equipaje y lo conducían al embarcadero. Quisieron saber la causa de este movimiento, y entonces se les informó que por orden de Canek debían abandonar inmediatamente la isla. Orbita quiso oponerse con algunas palabras á esta violencia; pero un indio le asió de la capilla y se la torció al cuello con tanta fuerza, que el pobre fraile cayó en tierra sin sentido. Entonces otro indio se lo echó á las espaldas, como si se tratara de un fardo, y lo arrojó á una canoa, donde no tardó en seguirle Fuensalida. Ambos religiosos se volvieron rápidamente á Mérida, sin detenerse en Tepú más tiempo que el muy necesario, porque ya comenzaban á notarse en aquella región los síntomas del alboroto que más tarde debía estallar.

Tal fué el éxito de la primera tentativa que hicieron las autoridades civiles y eclesiásticas de Yucatán para aumentar las posesiones de la Colonia con el territorio del Petén Itzá. Ella fué entonces infructuosa; pero proporcionó datos y preparó el camino para las expediciones ulteriores, y Fuensalida y Orbita tienen el derecho de reclamar un puesto honroso en la historia de nuestra civilización.

El 3 de septiembre de 1620 tomó posesión del gobierno y capitania general de la provincia el capitán Arias Conde de Losada y Taboada, nombrado interinamente por el marqués de Guadalcázar, virrey de la Nueva España (2). Asegura un cronista que este gobernador se dedicó á enriquecerse, y que uno de los medios que encontró para alcanzar

(2) Según el Dr. LARA, el capitán Arias entró en el gobierno el 23 de agosto de 1619.—La fecha adoptada en el texto es de COGOLLUDO.